Amantes

Carolyn Davidson

Obligados a casarse



CABALLEROS DEL OESTE

Carolyn Davidson

Obligados a casarse

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 1995 Carolyn Davidson. Todos los derechos reservados.
OBLIGADOS A CASARSE, Nº 12 - 1.4.08
Título original: Gerrity's Bride
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-5779-6
Depósito legal: B-2562-2008
Editor responsable: Luis Pugni

Uno

Señorita Emmaline Carruthers
Lexington, Estado de Kentucky
El motivo de esta carta es anunciarle el desgraciado fallecimiento de su padre, Samuel Carruthers. Murió durante una inundación junto con su esposa Arnetta. Esperamos nos informe cuanto antes sobre qué hacer con la hija de los fallecidos, Theresa, de sólo cinco años.
Quedo a su disposición,
Oswald Hooper, Abogado.

—Hasta Hades es mejor que este sitio en medio de la nada —susurró ella.

Sus palabras se fueron con el viento tan pronto como las pronunció, como si nunca hubieran existido. Pero habían sido reales, igual que la esbelta figura de la mujer que las había pronunciado y que seguía mirando con ojos incrédulos el árido paisaje de Forbes Junction.

El tren en el que había viajado se había detenido allí

un momento para que ella pudiera bajarse. Segundos después, un sonoro silbato había marcado la puesta en marcha de los vagones. Miró en la dirección en la que se había alejado, ya no era más que una mancha en el horizonte y el humo de su locomotora se disolvía en el aire.

El sol estaba en lo más alto y pegaba con fuerza. Recordó el calor que había pasado en el tren durante las últimas horas. Se había pasado toda la mañana abanicándose con un periódico doblado y limpiándose el sudor de la frente con su delicado pañuelo de encaje.

—Arizona, hasta el nombre suena abrasador —murmuró mientras levantaba un pie y se lo miraba.

Sus elegantes y caras botas estaban cubiertas de polvo. Miró después a su alrededor para decidir lo que podía hacer. Frente a ella, la puerta de la estación estaba abierta. Se imaginó que era su única oportunidad de refugiarse del sol.

La estación era pequeña. Se imaginó que no debía de usarse muy a menudo. Se agachó para recoger su bolso de viaje y dejó en el andén el gran baúl que contenía su ropa. La bolsa era pesada y lamentó haber metido en ella tantos libros.

—No entiendo para qué quieres llevarte todo eso —le había dicho Delilah—. De todas formas, no vas a quedarte el tiempo necesario para poder leerlos todos.

—¡Eso espero! —susurró entonces en medio del andén.

Suspiró, levantó la barbilla con determinación y fue hasta la puerta de la estación.

La sala estaba en penumbra y eso era lo único bueno que tenía, protegerla del sol. Todo estaba sucio. Una pequeña ventana en la parte trasera le daba algo de ventilación al lugar, aunque no la suficiente como para que pudiera refrescarse.

Se llevó la mano a los botones superiores de su traje. Le tentaba la idea de desabrocharlos. Pero no dejó que el calor la tentara y se acercó a la ventanilla vestida con todo el decoro que debía una mujer de su edad y condición.

—Perdone... —murmuró.

Sabía que el decoro y la dignidad eran las únicas armas para enfrentarse a su situación. Creía que esos valores conseguirían darle la fuerza que necesitaba entonces, igual que había pasado durante el largo viaje en tren.

—Sí, un momento —dijo alguien desde el otro lado del mostrador—. ¿Qué puedo hacer por usted? —le preguntó el encargado de la estación poniéndose entonces de pie.

Llevaba un almidonado uniforme que acentuaba aún más su delgadez. La miraba por encima de sus gruesas gafas, que llevaba bajadas sobre el puente de la nariz.

—Se supone que debía haber un vehículo aquí del rancho de los Carruthers para recogerme, pero no veo a nadie por ninguna parte. ¿Tiene usted algún recado para mí?

—Puede que sí y puede que no. Dígame para quién sería el mensaje, por favor.

—Soy Emmaline Carruthers.

El hombre la miró con renovado interés, de arriba abajo, fijándose sobre todo en su moderno sombrero y en las curvas que se destacaban bajo su severo traje oscuro.

—Sí, está claro que se trata de usted —le dijo él—. Se parece a su padre mucho. En los ojos y también en el pelo.

—¿Eso cree? —repuso ella con algo de incredulidad.

—Sí. Su hermano va a venir a recogerla.

—¿Quién ha dicho que viene? —preguntó ella con algo de irritación.

—Su hermano —repitió el hombre.

Emmaline se quedó mirando a ese sujeto con el ceño fruncido.

—Yo no tengo ningún hermano —replicó con frialdad—. He venido para conocer a mi hermana, Theresa. No tengo ningún otro pariente en este pueblo —le aseguró ella.

Y era lo cierto, no tenía a nadie más. Pero tenía una hermana y ese hecho la había llenado de alegría. Susurró de nuevo el nombre de la niña, le gustaba hacerlo y saborear las sílabas que lo componían. Tenía sólo cinco años y era la hija de Samuel.

—Por cierto, le acompaño en el sentimiento. Fue una pena lo de su padre.

Ella asintió para darle las gracias.

La noticia del fallecimiento de su padre había sido una gran sorpresa, pero se había recuperado pronto. Era difícil para ella sentir dolor por ese hombre. Para ella no era más que un recuerdo lejano, alguien en el que había preferido no pensar durante sus largos años de ausencia.

Recordó la carta que el abogado le había enviado para informarle de su deceso. Su padre y la esposa de éste habían muerto por culpa de las inundaciones. Samuel y Arnetta Carruthers. Eran sólo dos extraños para ella, a pesar de que compartían el mismo apellido.

—¿Lo conocía usted bien? —le preguntó al hombre, dejándose llevar por un inesperado impulso.

—¿Cómo dice? ¿Que si conozco bien a quién? ¿A su hermano? Claro que lo conozco —repuso el jefe de estación con seguridad—. En Forbes Junction, todo el mundo conoce a Matt Gerrity.

—No, me refería...

No llegó a terminar la frase y se apartó de la venta-

nilla. No entendía nada, pero sabía que de poco le iba a servir seguir preguntando a ese hombre.

Suspiró para calmarse. Se imaginaba que pronto llegaría alguien a la estación para recogerla. Y también muy pronto podría conocer por fin a la niña. Estaba deseando poder verla. Se ajustó nerviosa la chaqueta del traje y su gracioso sombrero.

—Estará aquí muy pronto. A no ser que se entretenga charlando con alguna mujer. Las tiene a todas revoloteando a su alrededor —le dijo el hombre antes de cerrar la ventanilla.

—¿Revoloteando? —repitió ella.

—Es mi hora del almuerzo —anunció la voz del hombre desde el otro lado de la ventanilla.

Eso le recordó que hacía mucho que no había comido nada, desde la hora del desayuno. Y entonces sólo había tomado un poco de pan que había sobrado de la noche anterior y un melocotón algo pasado.

Vio un espejo en una de las paredes de la estación y se acercó. Tenía ojeras bajo sus ojos azules y una mancha oscura en la mejilla izquierda. Su pelo se había encrespado y algunos rizos rebeldes se escapaban de su pequeño sombrero.

—¡Estoy hecha un desastre!

—No es para tanto.

Se dio la vuelta con la boca abierta al oír esas palabras y se giró hacia la puerta de la estación. Estaba indignada y furiosa. Se enfrentó al hombre que la miraba desde el umbral.

—¿Cómo ha dicho?

Sabía que con su aspecto tras el largo viaje no podía permitirse el lujo de mostrarse altanera con aquel desconocido, pero al menos podía hablarle con la arrogancia que una impertinencia semejante se merecía.

Él le sonrió mientras se quitaba su sombrero. Tenía las manos morenas y los dedos largos y finos. Ese hombre se estaba riendo de ella.

—No es para tanto —repitió el hombre con voz algo ronca y divertida—. Tengo que decirle que usted es el desastre más bonito que he visto en mucho tiempo.

Respiró profundamente para mantener la calma. Le irritaba lo directo que estaba siendo ese desconocido con ella. Con la cabeza muy alta, se dio media vuelta y le dio la espalda.

—Será mejor que no sea descortés con el hombre que lleva las riendas, señora —le susurró al oído.

Estaba justo detrás de ella. Podía sentir el calor de su cuerpo contra su espalda. Se enderezó, apenas podía moverse. El jefe de estación salió de su despacho.

—Hola, Matt. ¿Cómo estás? Tu hermana te ha estado esperando.

Cerró los ojos al oír sus palabras. Estaba perdiendo la paciencia con todo aquello.

—¡Yo no tengo ningún hermano! —le contestó poniendo énfasis en cada palabra.

No le importó mostrarse irritada frente a esos dos hombres.

El recién llegado tenía ventaja sobre la situación y se aprovechó de esa circunstancia. Agarró sus hombros y se inclinó sobre ella para hablarle nuevamente al oído. Pudo sentir su cálido aliento en el cuello.

—Gírese, señorita Emmaline. Estoy aquí para representar a su familia —le dijo.

Movió los hombros para intentar deshacerse de esas fuertes manos, pero no le sirvió de nada. Él, sin decirle nada, la hizo girar hasta que quedaron frente a frente. Estaba haciendo lo imposible por contener su enfado. Lo miró con frialdad y sin perder la compostura.

—No sé quién es usted —le dijo ella—. He venido desde Lexington para conocer a mi hermana pequeña. Se llama Theresa Carruthers. Estoy aquí esperando a que venga alguien desde el rancho para buscarme. No tengo nada que ver con usted.

—Ahí es donde se equivoca, señorita. Sí que tiene algo que ver conmigo, aunque sea poco. Aunque no se lo crea, somos parientes. Mi madre era Arnetta Carruthers y, desde su matrimonio con su padre, me convertí en su querido hermanastro.

La soltó entonces para dar un paso atrás y saludarla con fingida elegancia. Le habló después con algo de emoción en la voz, algo que no pudo o no supo interpretar.

—Bienvenida a casa, señorita Emmaline Carruthers —le dijo con admiración en los ojos, mientras la miraba de arriba abajo—. Llevábamos mucho tiempo esperándola.

Emmaline se dio cuenta pronto de que el carromato no era mucho mejor que el tren.

—¿Suele usar este carro a menudo? —le preguntó mientras se agarraba con fuerza a su asiento.

—¿Le está costando mantenerse en su asiento? —replicó él mientras azuzaba a los dos caballos que tiraban del carromato.

Los animales comenzaron a trotar y Emmaline tuvo que agarrarse con más fuerza aún.

—¿Es que no tiene una silla de paseo? Eso habría sido más adecuado para estos menesteres.

El vehículo daba tantos saltos que hasta su voz vibraba cuando hablaba.

—Una silla de paseo no tiene apenas espacio para

transportar mercancía —le contestó él mirándola de reojo.

Se fijó en su rostro. La joven apretaba los labios y lo miraba con el ceño fruncido. Se dio cuenta de que ese trayecto iba a ser una especie de viaje de iniciación para ella. Estaba pálida, pero sus mejillas comenzaban a sonrojarse por culpa del calor y el sol.

Tiró un poco de las riendas para que los caballos se pararan. La miró y suspiró.

—Mire, hermanita...

—¡No soy su hermana! —replicó ella de mala manera y sin apenas mover los labios.

Se llevó la mano a la boca para esconder una sonrisa.

—Llámelo como quiera, señorita, pero el caso es que compartimos lazos familiares —le dijo él—. Eso es lo primero que quería dejar claro. Pero ahora lo importante es que vaya un poco más cómoda. No puede estar ahí al sol con toda esa ropa encima, está absorbiendo todo el calor. Sólo va a conseguir que le dé una insolación. Y si ocurre, de nada va a servirle venir a conocer a su hermana pequeña, no podrá serle de ayuda alguna a la niña.

Cuando él alargó la mano y ella se dio cuenta de que tenía intención de desabrocharle los botones, la joven se llevó las manos a la chaqueta para hacerlo ella misma. Aflojó la prenda, apartó las solapas y su garganta quedó expuesta.

Vio cómo cerraba los ojos aliviada en cuanto una leve brisa refrescó la piel que acababa de liberar.

Respiró profundamente y dejó que le llegara el aroma de las escasas plantas del desierto. Había algo de

brisa y era una delicia sentirla sobre la piel. Estiró aún más el cuello para aprovechar su frescor.

Estaba disfrutando del momento y aliviando un poco su calor cuando sintió la mano de ese hombre agarrando una de sus muñecas.

Abrió atónita los ojos y parpadeó al encontrarse con la cegadora luz del sol. Vio entonces que él le estaba desabrochando los botones del puño de su chaqueta. Estaba demasiado confusa para decirle nada. Observó cómo doblaba su manga y la subía todo lo posible, casi hasta el codo. Después alargó aún más los brazos para desabrochar la otra muñeca.

Emmaline no podía dejar de mirarlo. Se daba cuenta de que aquello era una falta total de respeto por parte de ese hombre, pero tampoco podía dejar de pensar en lo cerca que estaban sus cuerpos ni en la sensación de tener sus ásperas manos sobre su pálida piel. Tragó saliva e intentó recomponerse.

Sintió una sensación nueva en el estómago y se dio cuenta de que quizás no fuera sólo hambre lo que estaba sintiendo, sino un extraño interés por ese hombre. Algo que ni ella misma conseguía entender.

—¿Se siente ahora mejor? —le preguntó en cuanto volvió a poner los caballos en marcha.

—Sí —murmuró ella.

—En cuanto lleguemos al rancho, será mejor que se quite las medias y todas las otras capas y capas de ropa que lleva bajo esas faldas —le sugirió él sin consideración.

Ella estiró la espalda y se enfurruñó de nuevo. Se sentía mejor y más fresca, pero no podía ni creer que él mencionara de manera tan ligera su ropa interior.

—¿Cómo dice? —replicó ella con frialdad—. No llevo ni más ni menos que cualquier otra dama.

—No va a encontrar esos corsés, enaguas ni combinaciones en un rancho de Arizona, señorita Emmaline —le dijo él—. Las damas llevan aquí colores más claros y pocas capas de ropa para poder combatir el calor.

—Estoy de luto —anunció ella con firmeza.

Le costaba pronunciar las palabras. Le resultaba difícil sentirse de luto por un padre al que apenas recordaba, pero era una mujer que seguía de manera estricta las normas sociales y llevaba ropa negra y velo en su sombrero, igual que haría cualquier otra dama en sus circunstancias. Aunque tenía que reconocer que había acabado quitándose el velo al descubrir el calor que hacía en aquella incivilizada parte del país. No podía creerse que acabara de dejar que ese hombre, un absoluto desconocido, le desabrochara los puños de la chaqueta y le dijera cómo tenía que vestirse y qué prendas íntimas no debía ponerse.

La gota que colmó el vaso de su paciencia fue recordar sus ásperas manos sobre sus muñecas. Se dio cuenta de que era un hombre muy mandón y arrogante. No le gustaba nada y aún tenía demasiado calor. El sol apretaba con fuerza y le costaba mantener los ojos abiertos. También estaba cansada después del viaje y empezaba a dolerle todo el cuerpo por culpa del abrupto trayecto en carromato. Aquello era demasiado. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero usó toda la voluntad que le quedaba para no llorar delante de aquel desconocido.

—Ya hemos llegado —anunció él por fin.

Levantó la vista y vio que pasaban en ese instante por una puerta con una señal colocada encima. El cartel anunciaba que aquellas tierras eran de los Carruthers. Pero se dio cuenta, al ver los edificios en la lejanía, de que aún tardarían un poco en llegar a su destino final.

Pasaron otros veinte minutos antes de que se detuviera finalmente el carro.

La casa principal se extendía en todas las direcciones, como si fuera una planta crecida en el desierto. Sus paredes estaban pintadas del color ocre de la tierra y había multitud de ventanas y puertas. El amplio tejado protegía y daba sombra, incluso había una zona de porche en el lado este de la casa. Vio a una mujer aparecer en una de las puertas.

Se estaba secando las manos en un delantal blanco y le sonrió para darle la bienvenida. Detrás de ella, la puerta semiabierta revelaba un interior en penumbra. Se moría de ganas de estar allí dentro, lejos del sol y de su sofocante calor.

Se movió en el asiento, preparándose para bajar. Al verla, el hombre que llevaba las riendas se puso en pie deprisa, saltó a tierra y fue a donde estaba ella para ayudarla. Ella se acercó más, apoyó las manos en sus fuertes hombros y dejó que él la tomara por la cintura para bajarla.

Era extraño verse por fin fuera del carro, aún le temblaban las piernas después del traqueteo del trayecto desde la estación.

—Por fin en tierra firme, ¿verdad, señorita? —comentó él mientras la miraba a los ojos.

Parecía poder adivinar lo que estaba sintiendo.

Se dio cuenta al tomarla en sus brazos para bajarla del carro de que era una mujer pequeña y delgada. Aunque pensó que quizás se redondeara algo más su cuerpo una vez estuviera libre de todos los corsés y refajos que llevaban las mujeres.

Ella se soltó en cuanto pisó el suelo. Se entretuvo

observando los graciosos movimientos de sus amplias y susurrantes faldas y la elegancia con la que movía sus pies. Aunque nada le llamaba tanto la atención como el pequeño y ridículo sombrero que adornaba su cabeza.

—Gracias, señor... —le dijo ella esperando a que él se presentara por fin.

—Llámeme simplemente Matt —le pidió él por primera vez—. Por aquí no perdemos el tiempo con ese tipo de formalidades, hermanita.

Vio cómo ella se enderezaba al oírlo.

—Muy bien. Gracias, Matt.

La joven pareció rendirse y no insistió en el hecho de que no eran realmente hermanos.

—Pase, pase —le dijo la mujer desde la puerta, mientras se echaba a un lado para que Emmaline pudiera entrar en la casa.

—María, aquí está la señorita Emmaline —anunció Matt—. María es nuestra ama de llaves.

La mujer asintió.

—He estado esperándola. Seguro que está muy cansada y muerta de calor. Y también hambrienta, a no ser que este hombre se haya detenido a darle algo de comer en el pueblo. Viéndola, me da la impresión de que le vendría de maravilla sentarse en un lugar fresco, beber algo y descansar un poco —le dijo María.

La señora entró en la casa y Emmaline la siguió. Llegaron a una sala bastante amplia. La decoración y los muebles eran sencillos, pero muy bellos.

Le costó ajustar la vista a la oscuridad de la casa, pero agradeció enormemente la bajada de temperatura. En las ventanas había ligeras cortinas blancas. Ha-

bía también sofás y sillones de piel y alguna lámpara de pie para leer. Una gran chimenea ocupaba una de las paredes. A su lado había una mesa camilla con algunas sillas alrededor. Las paredes estaban encaladas de blanco y las adornaban varios cuadros muy coloridos y algunos tapices.

Todo estaba en silencio y se sintió de repente muy a gusto y aliviada después del largo viaje. No había esperado encontrar tanta paz en ese lugar.

Detrás de ella, oyó algunas voces. Algunos hombres estaban descargando el contenido del carro.

—Lleva el equipaje de la señorita Emmaline a la habitación de invitados —le dijo María a uno.

—Sólo he traído una bolsa de viaje y un pequeño baúl —explicó ella rápidamente.

Se había desentendido del baúl desde que el empleado del tren lo dejara en el andén de la estación. Y allí había permanecido hasta que Matt lo recogió y subió al carro con facilidad.

—No he traído muchas cosas conmigo —le dijo.

María estaba ocupada dirigiendo a los hombres.

—Entonces, ¿el resto de sus cosas llegarán más adelante? —le preguntó Matt desde la puerta.

—No —repuso ella mientras se quitaba el sombrero e intentaba controlar los rizos—. La verdad es que no pensaba quedarme mucho tiempo, no creo que vaya a necesitar más de lo que traigo.

El hombre frunció el ceño, separó un poco las piernas y apoyó las manos en sus caderas, desde donde colgaba la funda de un revólver.

—¿No? —preguntó él.

Ella levantó la barbilla con seguridad, como un desafío silencioso. Decidió dejarle muy claro desde el principio cuáles eran sus planes.

—Sólo he pensado quedarme el tiempo necesario para escuchar la lectura del testamento y hacer los trámites necesarios para llevarme a mi hermana de vuelta a Lexington conmigo.

Oyó un ruido a su espalda. No se había dado cuenta de que había alguien más en la habitación.

—¡No! —exclamó una niña con angustia.

Se dio la vuelta y vio a la pequeña asomando detrás de uno de los grandes sofás del salón.

—¡No quiero irme de aquí! No tengo que irme a Lexington con ella, ¿verdad, Maffew? —le preguntó la niña casi llorando.

—Claro que no, Tessie —le aseguró él para tranquilizarla.

Cruzó la sala con dos grandes zancadas y se acercó a donde estaba la pequeña.

Observó cómo el hombre tomaba a la niña entre sus brazos y ésta se apretaba con fuerza contra su cuerpo y escondía la cabeza en su torso.

Él la miró de reojo. Estaba claro que no había comenzado con buen pie en ese sitio.

—Ésta es su hermana pequeña. Se llama Theresa, pero la llamamos Tessie. Es una pena que no haya tenido una primera impresión de usted algo más positiva —le dijo él sin remilgos.

Ella respiró profundamente y reflexionó sobre todo aquello. Se acercó un poco más a donde la niña estaba en brazos de su hermano. Vio cómo le temblaban los hombros a la pequeña y no pudo sino sentirse mal por ella.

—Theresa, ¿no quieres mirarme? He venido desde muy lejos para poder conocerte —le dijo ella con suavidad.

Alargó la mano para tocar la de la niña, la que rodeaba el cuello de Matt. La niña se estremeció.

—¡No! No quiero verte. ¡Dile que se vaya de aquí, Maffew! —le pidió a su hermano de un grito.

———Señorita Emmaline, ¿quiere que la acompañe hasta su habitación? —sugirió María desde la puerta.

Se dio la vuelta y siguió al ama de llaves. Necesitaba salir de allí para que todos pudieran tranquilizarse.

—Buena idea —le susurró a la mujer.

Salió de la sala mirando de nuevo a la niña y pudo oír cómo volvía a suplicarle a su hermano con voz llorosa.

—Haz que se vaya de aquí, Maffew —le pedía a su hermano.

Le parecía increíble la facilidad con la que se había convertido en enemiga de la pequeña.

—No va a quedarse mucho tiempo, cariño —le respondió él con su voz grave y fuerte—. No va a pasar nada, te lo prometo. Sólo es una damisela de ciudad que ha venido a ver cómo estamos. No va a estar aquí mucho tiempo —repitió con firmeza.

Apretó la boca al oír sus palabras. Se dio media vuelta y siguió a María por el pasillo.

—¡Qué sabrá él! —murmuró entre dientes—. Una damisela de ciudad. Ese hombre sería incapaz de distinguir a una verdadera dama entre una multitud. No he venido hasta este desierto perdido en medio de la nada para que me traten así. Ya veremos quién se sale con la suya...

Dos

Emmaline miró con extrañeza la tortilla de maíz que tenía en su plato. Era el desayuno más inusual que le habían servido en su vida. Estaba acostumbrada a las galletas y el jamón que tomaba en casa.

—¡Coma, coma! —le dijo María desde la puerta—. He metido dentro huevos y carne para que tenga mucha energía. Suficiente para pasar toda la mañana sin hambre.

Sonrió a la mujer. Después, con determinación, cortó un pedazo de lo que le habían servido y se aventuró a probarlo.

—Acabo de hacer café —le dijo María.

El ama de llaves salió del comedor y regresó enseguida con la jarra del café.

—El señor Matt terminó su desayuno muy temprano hoy —le comentó mientras le llenaba la taza—. Ha salido a ver cómo van los potros recién nacidos.

—¿Dónde está Theresa?

Tenía que reconocer que aquel desayuno, fuera lo

que fuera, estaba delicioso. No podía creer que hubiera estado a punto de no probarlo. La combinación de sus ingredientes era de lo más sabroso que había comido en su vida.

—Está con su maestra haciendo deberes —le contestó María.

La mujer se dispuso a limpiar la mesa y recoger los utensilios y platos que ya habían sido utilizados. Se detuvo después un instante para mirarla con amabilidad.

El pelo de Emmaline era brillante y de un color entre dorado y rojizo. Rodeaba su cara toda una cascadas de rizos. Tenía los ojos azules y miraba todo lo que la rodeaba con gran interés. Sus rasgos eran simétricos y fuertes. El ama de llaves no pudo sino recordar en su rostro los rasgos de su padre. Se parecían mucho. La mujer, de origen mexicano, había trabajado para ese hombre durante los últimos veinticinco años y se sintió triste al recordarlo.

—Señorita Emmaline, me recuerda a su padre, ¿sabe? —le dijo con gentileza—. Él tenía el pelo del mismo color y también rizado. Era dorado a la luz del sol y rojizo como el fuego cuando estaba a la sombra —añadió con un suspiro—. Recuerdo con claridad el día que su madre se la llevó y cómo su padre la sostuvo por última vez en sus brazos. Sus cabezas estaban tan juntas que no podía distinguir qué rizos eran suyos y cuáles de su padre.

La miró con incredulidad al oír sus palabras.

—¿Se acuerda de mí? ¿Desde hace veinte años? No sabía que usted estuviera ya trabajando en esta casa entonces, María.

—Sí, aquí estaba. Su madre estaba siempre triste. No le hacía feliz vivir aquí. No le gustaba el sol, ni el calor seco, ni las lluvias de primavera. No dejaba de quejarse y siempre decía que quería volver a un sitio con hierba verde y brisas frescas —le contó la mujer suspirando.

—Ella siempre recordaba este sitio con angustia —le confesó Emmaline apoyando los codos en la mesa y la barbilla sobre sus manos.

La verdad era que su madre solía quejarse de todo y con bastante frecuencia.

—¿Qué le parece a usted nuestro clima? —le preguntó María—. A lo mejor tiene algo de su padre en su interior y le gusta el sol y los espacios abiertos de estas tierras, como le gustaban a él.

Ella se encogió de hombros.

—Llevo poco tiempo aquí, no sabría qué decirle. La verdad es que ayer no empecé con demasiado buen pie. El viaje en tren me dejó agotada y el trayecto desde la estación en carreta fue duro, pero supongo que eran las horas más calurosas del día —le dijo con sinceridad—. Me da la impresión de que Matt me estaba intentando poner a prueba. A lo mejor quería que cambiara de opinión y no me quedara aquí.

María sonrió, parecía estar de acuerdo con ella.

—Sí... Parece que no han empezado bien las cosas. Pero la verdad es que necesitaba ir con la carreta, tenía que comprar algunas cosas en el pueblo y el pequeño coche de paseo no tiene apenas sitio para mercancía.

—Bueno, fuera como fuera. No creo que me quede aquí mucho tiempo —repuso ella con rapidez—. Me encargaré de avisar al señor Hooper cuanto antes para poder verlo y que me explique todo lo referente al testamento de mi padre. Después...

—Después me imagino que recogerá sus cosas y se irá por donde ha venido, damisela de ciudad —dijo una voz grave tras ella.

Ella se enderezó y todos sus músculos se tensaron al oírlo. Matt la miraba con complacencia desde la puerta y le entraron ganas de echarle encima la taza de café

caliente. Pero simplemente le dedicó una mirada fría y llena de desdén.

—Sí, me iré por donde he venido, pero acompañada de mi hermana —le dijo con firmeza.

Él rió, parecía no creerse lo que acababa de decirle. Frustrada, se puso de pie con gran ruido de faldas y se giró para mirarlo de frente.

Matt la miró con detenimiento. Observó sus delicados zapatos, sus amplias faldas y el corpiño del vestido, abotonado desde su estrecha cintura hasta la barbilla. Su cabeza, inclinada a un lado, era como un capullo brillante y delicado que crecía por encima de las oscuras ropas de luto que llevaba. Su pelo refulgía con fuerza a la luz de la mañana y sus rizos le daban un aire más salvaje del que su indumentaria reflejaba.

Era demasiado bonita. Había llegado a esa conclusión después de pasarse en vela gran parte de la noche. Le gustaba hasta su respondona boca y los mohines que hacía cuando se sentía ofendida. Sus ojos estaban llenos de fuego. Era más de lo que podía soportar.

—Pensé que había oído con cristalina claridad lo que Tessie le dijo anoche —replicó él—. No tiene ningún deseo de salir de aquí y trasladarse al otro lado del país con usted. Éste es su hogar.

—Pero ella es mi hermana. Tanto como suya —le recordó Emmaline—. No he venido hasta aquí para verla durante unos días y después irme sin ella.

Matt se acercó a ella. Olía a polvo, caballos y cuero. Le recordó lo que María le había dicho y lo que él había estado haciendo esa mañana.

—No arrugue su elegante nariz, señorita —le dijo él de mala manera—. Lo que huele es el fruto del trabajo honesto y de la tierra de Arizona. Claro que no creo que pueda reconocer ninguna de las dos cosas.

—Todo lo contrario —repuso ella—. Huele como los hombres que trabajan con caballos y eso es igual en Kentucky o Arizona. Estoy acostumbrada al olor de los establos.

—¿Sabe montar a caballo? —le preguntó él con los ojos entrecerrados e incredulidad.

Ella sonrió y lo miró con superioridad.

—He montado en caballos con los que usted nunca podría soñar. Los mejores del país —le dijo.

—Es una pena que no vaya a quedarse aquí el tiempo necesario como para probar lo que acaba de decirme —replicó Matt.

—He decidido ser benevolente con usted, ya que no sabe nada de mí ni de mis intenciones, excepto a la que se refiere a conseguir la guardia y custodia de mi hermana, por supuesto. Estoy siendo tolerante, pero será mejor que no vaya demasiado lejos, señor Gerrity.

Apretó los puños con fuerza. Ese hombre conseguía sacarla de quicio. Escondió las manos en los bolsillos de su traje para que no viera hasta qué punto estaba consiguiendo enfurecerla.

Pero se dio cuenta de que a él no se le pasaba nada por alto. La miró con media sonrisa.

—Me temo que no tiene nada de tolerante en su cuerpo —le dijo él—. Sobre todo en lo que se refiere a mi persona.

Ella se encogió de hombros y le dio la espalda. Decidió salir de la habitación y dar así por terminada la discusión.

—¡Señorita Emmaline! —exclamó él.

Consiguió que se parara en medio del amplio pasillo que conducía hasta el salón de la casa. Matt la había seguido hasta allí. Se dio cuenta de que era mejor enfrentarse a él. Suspiró y se dio la vuelta para mirarlo.

—¿Sí?

Ella le hablaba con frialdad. Parecía muy enfadada.

—Oswald Hooper vendrá dentro de poco. ¿Le apetece reunirse con nosotros en la biblioteca?

Ella asintió. Esperaba que se diera cuenta tan pronto como fuera posible de que él era el que tomaba las decisiones allí y de que sus planes tendrían que cambiar.

La situación no tenía nada que ver con lo que ella habría esperado encontrar. No contaba con que él existiera y estuviera allí, pero estaba segura de que el testamento de su padre arreglaría las cosas y le daría la custodia de la pequeña.

—Avíseme cuando llegue —le pidió intentando aparentar frialdad.

Pero lo cierto era que le sudaban las manos y apenas podía respirar con tranquilidad. Esa misma mañana iba a tener que enfrentarse a los deseos de su padre y a algunos temas que iban a resultar conflictivos.

Siempre había soñado con tener una familia de verdad. Su madre había sido una mujer débil y enferma que pasaba mucho tiempo acostada en la cama o en el sofá. Algún tiempo después acabó sucumbiendo a una terrible neumonía sin oponer demasiada resistencia. Sus abuelos habían sido generosos con ella, pero de una manera muy distante y fría. Le habían proporcionado todas las comodidades del mundo y la educación

necesaria para que se convirtiera algún día en una estupenda esposa y madre.

Pero no había sido suficiente. El mensaje del señor Hooper le había abierto los ojos y había sido por fin capaz de darse cuenta de lo solitaria y absurda que había sido su vida hasta ese instante. El saber que tenía una hermana de cinco años, alguien de su misma sangre, su familia, había sido todo un regalo del destino. Llevaba mucho tiempo soñando con tener a alguien y ese deseo fue el que consiguió sacarla de su casa y darle la fuerza para atravesar el país viajando sola.

La fría bienvenida que le había proporcionado la niña no había sido capaz de desilusionarla. Estaba decidida a hacerse con el corazón de la pequeña y conseguir que la quisiera. No había pensado en otra cosa durante la noche anterior.

—¿Estará en su dormitorio? —le preguntó Matt observándola con los ojos entrecerrados.

Sus palabras la sobresaltaron, había estado tan ensimismada en sus propios pensamientos que había olvidado que él aún estaba allí. Enderezó la espalda y levantó la cara. Lo miró y asintió con la cabeza.

—Le diré a María que vaya a buscarla.

Ella asintió de nuevo y se alejó de allí.

Él se quedó observándola mientras recorría el pasillo. No pudo evitar sonreír contemplando el gracioso y elegante balanceo de sus faldas y la manera en la que el pesado tejido dibujaba sus curvas.

—No puedo creerlo —susurró Emmaline en medio del silencio de la biblioteca.

Con las manos cerradas en un puño, se dirigió hasta la ventana. Estaba haciendo un esfuerzo tremendo para mantenerse en pie. Se quedó pensativa contemplando el jardín de la casa.

El hombre sentado frente a la mesa de despacho la observaba con preocupación. Emmaline era la hija de su difunto amigo y Oswald Hooper ya había imaginado que reaccionaría como lo estaba haciendo. Hizo una mueca de desagrado. Estaba seguro de que cualquiera con dos dedos de frente habría tenido la misma reacción que estaba teniendo esa mujer. Creía que Samuel había actuado de manera irracional, ni él mismo lo comprendía.

—¿Ha sido idea suya? —preguntó ella entonces, rompiendo el silencio de la sala.

Matt no tuvo ninguna duda, sabía que Emmaline estaba hablando con él. Apoyado de manera relajada en la pared, se pasó un dedo por el labio inferior mientras la miraba con detenimiento. La luz de la ventana recortaba su silueta. Tenía una figura esbelta y cubierta por capas y capas de pesados tejidos negros. Sus manos, apretadas en puños, y su pálido rostro rompían el oscuro conjunto.

Negó con la cabeza y maldijo entre dientes al hombre que había provocado esa situación. Después se enderezó y se acercó a la joven.

—Su padre no necesitaba de mi ayuda, Emmaline. Ideó este plan por sí mismo.

Vio cómo sus labios se movían casi de manera imperceptible. Tuvo que inclinarse para oír sus palabras.

—No puedo hacerlo —susurró Emmaline.

Él se encogió de hombros.

—Pues no lo haga. Sólo tiene que subirse al carro de nuevo y la llevaré de vuelta a Forbes Junction. Allí podrá subirse al primer tren que la lleve hacia el este —le dijo él con firmeza—. Seguro que puede estar de vuelta en Lexington antes de que amanezca este mismo domingo —añadió con inocencia.

—Eso le encantaría, ¿verdad? —exclamó ella entre dientes—. ¡Le encantaría!

—No, claro que no, señorita —repuso él con exagerada educación.

Le gustaba cómo hablaba ella, su manera de pronunciar las palabras, su acento y la elegancia con la que hacía todo a pesar de estar fuera de sí. Sus ojos azules estaban llenos de ira y fuego, pero no dejaba de ser una dama.

—Supongo que preferiría la otra alternativa —sugirió ella con sequedad.

Durante un segundo, los ojos de Matt brillaron con intensidad. Cada vez le costaba más trabajo respirar y mantener la tranquilidad.

—Bueno, señorita, lo único que está claro es que no estoy en posición de decidir eso. Ni en un sentido ni en otro.Y estoy dispuesto a hacer lo que usted considere más oportuno y satisfacer sus deseos —le dijo él sin perder la calma.

Tenía que reconocer que era toda una tentación. Eso tenía que admitirlo. Matt estaba tan cerca de ella que podía ver las pequeñas líneas de expresión que rodeaban sus ojos. Le hubiera encantado golpear el suelo con el pie, darle un puñetazo en ese rostro que se reía de ella o soltarle las palabras malsonantes que había escuchado decir a algunos hombres en Lexington.

Pero se tragó las palabras antes de pronunciarlas y apretó aún más los puños para controlarse y no pegarle. En cuanto a sus pies... Eso era otra historia. Podía sentir cómo se movían sus dedos dentro de las apretadas botas de piel. Se morían por darle una patada en el empeine al impertinente hombre que la observaba en esos instantes con gesto divertido y que no dejaba de burlarse de ella.

Se movió rápidamente. Temía que él se diera cuenta de hasta qué punto estaba enfadada. Vio cómo Matt levantaba sorprendido las cejas y trataba de esconder una sonrisa cuando ella pisó con fuerza la alfombra.

—Mis deseos no tienen nada que ver con todo esto, señor Gerrity —contestó ella—. Mi difunto padre ha demostrado en su testamento que no le importaban demasiado ni mis necesidades ni mis deseos.

—Señorita Carruthers, tenemos que seguir leyendo el testamento antes de que tome una decisión precipitada sobre la materia —le sugirió el abogado.

El hombre los miraba con preocupación. Parecía ansioso por seguir con la lectura de la última voluntad del difunto.

Ella lo miró. Casi se había olvidado de ese caballero. Abrió mucho los ojos al oírle hablar desde la mesa.

—¿Es que aún hay más?

Sólo habían pasado unos minutos desde que se leyeran los términos del testamento y ella había pasado ese tiempo completamente conmocionada por lo que acababa de escuchar. Le parecía horrible que su padre hubiera ligado su rancho, su capital en el banco y el destino de su hermana a unas condiciones tan absurdas.

A pesar de ser un documento legal, estaba escrito

con claridad y no era complicado entenderlo. Podía recordar casi todas las palabras que acababan de leerle. Se le habían quedado grabadas en la memoria.

Es mi decisión que mi hija Emmaline Carruthers se una con Matthew Carruthers, mi hijastro, en matrimonio para poder así asegurar la continuidad de la herencia que mi padre me dejó y que ésta siga en generaciones venideras. Por ello, concedo la custodia conjunta a Emmaline y Matthew de mi querida hija Theresa, para que pueda ser educada por su hermano y su hermana y reciba influencia de los dos. Siempre que Emmaline y Matthew vivan en esta propiedad, serán los copropietarios y guardianes legales de Theresa. Si deciden no acceder al mencionado matrimonio, ninguno de los dos heredará mis propiedades, sólo los artículos personales que se mencionan a continuación.

El abogado carraspeó y se ajustó sus anteojos.

—Sí, hay más —les dijo.

El hombre parecía estar muy incómodo con la situación. Emmaline sabía que no se lo estaba poniendo demasiado fácil, pero las circunstancias no le permitían ser considerada.

El abogado la miró circunspecto, como si estuviera disculpándose de antemano por los contenidos del testamento.

Pero si deciden aceptar los términos de este testamento y no tienen descendencia durante los dos años posteriores al matrimonio, los dos perderían los derechos de herencia. En ese momento, la propiedad de todo pasaría a manos de mi hija Theresa. Matthew Gerrity podrá conservar su puesto de trabajo en el rancho y seguir viviendo en la casa durante tanto tiempo como desee, pero la custodia de la niña se encargará a

un tutor hasta que cumpla veintiún años y pueda convertirse en propietaria absoluta.

—¡No puede hacer eso! —exclamó Emmaline con angustia en su voz.

Oswald Hooper la miró con comprensión. Parecía entender perfectamente su disgusto, pero Matt era tan complaciente como el abogado.

—Pues parece que sí que puede —le dijo con una sonrisa amarga.

—No queda mucho más —intervino el abogado—. Especifica a continuación el legado que deja a alguno de los trabajadores del rancho y procedimientos legales que tendrían que llevarse a cabo para asegurar los derechos de la niña. Pero, bueno, ya han oído los dos el contenido principal, lo que les atañe personalmente. Una vez estén casados, las escrituras se modificarán legalmente para incluir sus nombres en ellas.

—Matt Gerrity no tiene derecho a ella —replicó ella sin poder contenerse—. No es de su sangre.

—Su padre fue quien decidió los términos del testamento, señorita Carruthers —le recordó con amabilidad el abogado.

—No pienso hacerlo —murmuró ella con determinación.

—No tome una decisión precipitada, Emmaline —le dijo Matt con su voz fuerte y profunda.

Las palabras atrajeron su atención y levantó la vista para mirarlo.

—Si renuncia a los términos del testamento, no tendré más remedio que obligarla a irse de aquí. Y entonces no podrá seguir en contacto con Tessie.

—¿Y con usted? ¿Qué va a pasar con usted?

Él se encogió otra vez de hombros. No parecía de-